

EXPLICACIÓN DE UNA FARSA

Gonzalo Santonja

En 1936, poco después de las elecciones que dieron el triunfo al Frente Popular y cerca ya del comienzo de la Guerra (in)Civil, César M. (uñoz) Arconada (Astudillo, Palencia, 1898-Moscú, 1964), militante comunista y escritor «comprometido», puso en circulación un libro con tres breves farsas en la tradición del guiñol y las marionetas: *Tres farsas para títeres*, integrado por *El teniente Cazadores*, *Dios y la beata* y *Gran baile en La Concordia*, editado por Publicaciones Izquierda, empresa de Juan Piqueras, curiosamente asentada en París, aunque soliese estampar sus títulos en Valencia (concretamente, en los talleres tipográficos de Impresos Cosmos), cuyo mejor logro fue la revista *Nuestro Cinema* (1932-35), portavoz del intento de un cine revolucionario en línea con el modelo preconizado desde la URSS, cuyas páginas recogieron diversas colaboraciones del autor de las farsas que a la sazón nos ocupan.

Teatro, pues, para títeres, Arconada subraya en una escueta nota preliminar que había concebido sus tres obritas «para ser representadas por muñecos, por títeres, por marionetas», insistiendo a continuación en la necesidad de exagerar gestos y voces hasta descoyuntarlos en caso de que la escenificación corriese a cargo de actores, porque se trataba de alcanzar «la absoluta vida caricaturesca del títere, del muñeco empleado en la farsa», advertencia que se debe tener muy presente a la hora de afrontar su lectura, de lo contrario esencialmente desvirtuada.

Arconada se mueve, y ello es obvio, en la estela y bajo el influjo del Rafael Alberti de *Dos farsas revolucionarias*, *Bazar de la Providencia*. (Negocio) y *Farsa de los Reyes Magos*, escritas para el «Guiñol de Octubre» y publicadas por su mítica revista *Octubre* (Madrid, mayo de 1933-abril de 1934, concretada en un *Adelanto* y seis números), vanguardia española del movimiento de «escritores y artistas revolucionarios», donde Arconada desempeñó, al lado de María Teresa León, una función capital. Eladio Mateos, que tanto sabe de esto, acaba de recoger las dos farsas de Alberti en su modélica edición de la primera etapa teatral, tan apasionante y compleja como todavía sin asimilar, del gran autor gaditano (Barcelona: Seix Barral, 2004).

Por ese camino del teatro revolucionario también se adentrarían, entre otros, Irene y César Falcón, creadores a mediados de los años treinta del recién pasado siglo xx de la Compañía de Teatro Proletario y fundador éste durante la guerra de Altavoz del Frente; Ramón J. Sender, teórico en *Teatro de masas*, colección de artículos recopilada por Orto (Valencia, 1932), que hizo su incursión práctica con *El secreto* (Madrid: Tensor, 1935), drama en un acto traducido al catalán por Manuel Valldeperes;¹ y muy destacadamente, la propia María Teresa León, protagonista de las más importantes iniciativas al respecto desarrolladas en el Madrid sitiado de la contienda, intelectual y mujer de acción de la que Juan Carlos Estébanez acaba de trazar una completa visión de conjunto (*María Teresa León: escritura, compromiso y memoria*. Burgos: Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2004).

El librito de Arconada nunca ha sido reeditado, cubierto por esa densa capa con que el franquismo sentenció tantos autores e iniciativas, en buena medida (mejor dicho, en mala) todavía vigente. Ahora, en consecuencia, se trata de empezar a romperla, a la espera de su próxima reedición en esas *Obras escogidas* que viene sacando Ediciones Cálamo (Palencia), para dejar siquiera constancia de una de las facetas teatrales menos conocida de aquel período de la historia intelectual de España insólitamente propicio a las innovaciones y sin miedo a los experimentos, cuando todo, todo, llegó a representarse posible.

Azaña decía, sin duda abonado por su cansada experiencia, que entre nosotros tal vez la mejor forma de guardar un secreto sea la de publicarlo en un libro. Este ejemplo de Arconada ha corroborado, al menos hasta el presente, la triste verdad de tan escarmentada sentencia ¿Sucederá alguna vez de otro modo?

NOTA

1. Librería Millá, Barcelona: Colección «Catalunya Teatral», año VI, n. 110, 1 de febrero de 1937. Con anterioridad lo había estrenado el Ateneu Republicà de Gracia en el local de L'Orfeó Gracienc el 9 de febrero de 1936.